

INTRODUCCIÓN

LA NARRACIÓN HISTÓRICA

«La ciencia de las literaturas y de las filosofías, ha dicho Renan, es la historia de las literaturas y de las filosofías; la ciencia del espíritu humano, es la historia del espíritu humano.» La teoría transformista permite dar á esta proposición un sentido mucho más extenso del que tal vez había previsto el ilustre autor de los *Orígenes del Cristianismo*; si la Historia nos muestra el encadenamiento de los conceptos de orden religioso ó filosófico que se han sucedido en el espíritu de los hombres, hoy tenemos el derecho á pensar que la Prehistoria nos haría asistir á la aparición progresiva de los *elementos mismos de nuestro espíritu*; si la Historia nos enseña, como decía Darwin, la variación en el *interior de la especie* humana, la Prehistoria nos haría conocer las variaciones más profundas que han sufrido nuestros antepasados antes de convertirse en los hombres de

que se ocupa la Historia. No existe en una especie actual particularidad alguna que no haya aparecido en el curso de los tiempos; si conociéramos toda la Prehistoria, sabríamos en qué circunstancias cada particularidad de nuestro mecanismo se ha agregado á las particularidades preexistentes, ó, al menos, ha nacido de una modificación de caracteres anteriores.

Desgraciadamente, no sabemos la Prehistoria; los documentos paleontológicos que poseemos son tan raros é incompletos, que no nos permiten reconstitución alguna de genealogía específica; al menos, basta á demostrarnos que las especies han variado en límites muy extensos; estamos seguros, por consiguiente, de que si pudiéramos reconstituir la genealogía del hombre, por ejemplo, esta genealogía habría de comprender, á medida que nos remontásemos en el tiempo, tipos cada vez más lejanos del hombre, que no pertenecerían ni á la clase de los mamíferos, ni siquiera á los vertebrados, cuando hubiésemos llegado á una época bastante remota. La contemplación en un museo de estas series de formas sería extremadamente instructiva, y, sin embargo, nos daría una documentación incompleta, porque sería preciso conocer también, á cada transición entre dos tipos vecinos, las circunstancias que han determinado esta transición. Un ser vivo, no es un mecanismo *aislado*; su funcionamiento forma parte de una actividad de conjunto, en la cual desempeña un papel y de la cual

sufre la influencia; de suerte que, en realidad, para poder darse cuenta de cómo una especie ha llegado á ser lo que es en la actualidad, sería preciso estar al corriente, no sólo de toda la genealogía de esta especie, sino de toda la historia y de toda la prehistoria de los medios en los cuales han vivido todos sus ascendientes. Tal narración es imposible y lo será siempre; y, sin embargo, merced al genio de Lamarek y de Darwin, sabemos hoy establecer, sin temor á equivocarnos, la filosofía de una historia y de una prehistoria que no conocemos. Henos aquí muy lejos de la regla de conducta que propone el prudente Montaigne: «Veo ordinariamente—dice—que los hombres, en los hechos que se les someten, se entretienen con más gusto en buscar la razón de ellos que en buscar la verdad. Pasan por alto las presuposiciones, pero examinan curiosamente las consecuencias; dejan las cosas, y corren á las causas. Incansables charlatanes..., comienzan ordinariamente así: «¿Cómo es que ha pasado esto?» «¿Pero ha pasado?», habría que decir. Nuestro discurso es capaz de arreglar otros cien mundos y de encontrar los principios y la contextura de ellos: no le faltan ni materia ni base; dejadle correr: edifica lo mismo en el vacío que en el lleno, y con la nada lo mismo que con materia.» (*Essais*, libro III, capítulo XI.)

Esta salida del gran escéptico contiene en germen todas las objeciones que se han hecho al transformismo. «Enséñenos usted—se dice—una

especie que haya variado, antes de preocuparos en explicar cómo y por qué varían las especies, antes de acumular las variaciones hipotéticas, para hacernos comprender que somos hoy lo que somos.»

En el fondo, no es la variación misma lo que está en juego; la variación es evidente, y es cierto que la fórmula «los seres reproducen otros seres semejantes á ellos mismos», no es sino una ley aproximada; porque la semejanza de los descendientes con los padres no llega nunca hasta la identidad. Lo que se discute es el valor que puede alcanzar la variación. ¿Es susceptible de franquear los límites de la especie?

Si nos limitamos á los documentos históricos, tenemos que contestar negativamente. No sólo los hombres de nuestra época nos parecen pertenecer á la misma especie que los caldeos, sino que todos los animales que nos han conservado los antiguos egipcios se clasifican sin dificultad en el cuadro de las especies hoy existentes. En cuanto á los casos de variaciones bruscas, sobre los cuales los neo-darwinianos hacen tanto ruido desde hace algún tiempo, trataré de demostrar en este libro que están fuera de la cuestión, y representan fenómenos particulares á los cuales no debe ser comparado el conjunto de las modificaciones de los ascendientes que influyen en las especies actuales.

Pero si nos referimos á las épocas geológicas, la transformación específica se hace evidente: en-

tre los millares de especies cuyos restos fósiles encontramos en los terrenos jurásicos, por ejemplo, no hay ninguna existente en la actualidad. Demostrado esto, que es un hecho que se impone á todo aquel que visite un Museo paleontológico, si se quiere negar la posibilidad de una variación fuera de los límites de la especie, es de absoluta necesidad admitir los dos puntos siguientes:

1.º Que por un azar singular, toda especie de la cual uno de sus individuos ha tenido ocasión de dejar en el suelo una huella de su morfología, se ha extinguido antes de nuestra época.

2.º Que por otro azar, no menos raro, ninguno de los antepasados de los innumerables seres hoy existentes ha podido encontrarse en condiciones convenientes de fosilización.

El absurdo de estas dos proposiciones es tan evidente, que nadie se atreverá á sostenerlas, porque no hay relación alguna entre la vitalidad de una especie y la suerte de los cadáveres de sus individuos en las capas geológicas en vías de formación. Por consiguiente, para negar el transformismo habría que imaginar: 1.º, que la línea de ninguno de los seres que vivían en la época jurásica se ha perpetuado hasta nosotros, lo que no tendría nada de inverosímil; 2.º, que ninguno de nuestros contemporáneos, animales ó vegetales, tenía predecesores en la época jurásica, y que, por consiguiente, todas las especies actualmente vivas han aparecido bruscamente después, fenó-

meno del que no hemos podido ver jamás un ejemplo, y del que nadie, en nuestra época, pensaría en hacer la base de un sistema.

Es preciso, pues, de toda necesidad, admitir que la acumulación de las pequeñas variaciones, cuya aparición podemos ver en el curso de observaciones relativamente cortas, puede, en el transcurso de un lapso de tiempo suficiente, franquear los límites de la especie. Esta proposición no está, en verdad, demostrada sino por el absurdo de cualquiera otra interpretación de los descubrimientos paleontológicos; pero debemos contentarnos con esta demostración por el absurdo, aunque sea un procedimiento inferior de demostración.

Hablaremos, pues, en adelante de las formas de los antepasados que conducen á una especie actual; mas para ninguna de las especies comunes podremos describir esta serie de formas, y, sin embargo, gracias á Lamarek y á Darwin deduciremos de la certidumbre de que ha existido conclusiones científicas de capital importancia. Lo repito: haremos la filosofía de una prehistoria que no conocemos, y esta filosofía tendrá, sin embargo, una solidez á toda prueba.

Si conociéramos la genealogía completa de un ser actualmente vivo, y todas las circunstancias que han atravesado sus ascendientes, podríamos hacer la narración precisa de la *fabricación* del individuo estudiado, fabricación que ha durado millares de siglos y que resulta de una serie de

fenómenos *ininterrumpida* desde la aparición de la vida; sabríamos á qué antepasados y en qué condiciones ha sido debida la adquisición de tal ó cual particularidad de estructura que hoy nos admira. Éste sería el modo histórico de explicación. No podemos realizarlo; pero esta imposibilidad resulta únicamente de la desaparición de los documentos. No estamos, pues, en aptitud de decir: si tal individuo obra de tal manera en tales condiciones, depende de que tal y tal de sus antepasados (1) han estado sometidos en tales circunstancias á tales variaciones.

Esta frase podemos afirmar que es correcta; pero ni sabemos, ni sabremos jamás reemplazar los «tales» que contiene por descripciones precisas. Esta frase, que es sencillamente la afirmación de las *influencias de los antepasados*, es, lo repito, absolutamente correcta, con tal que se añada á las variaciones sufridas por los antepasados las que han afectado al propio individuo hasta el momento en que se le estudia; con tal que se agregue su *educación personal* á su *educación específica ó hereditaria*; con tal, en otros términos, que se tenga en cuenta todo lo que ha ocurrido en su árbol genealógico (2) desde la

(1) Comprendido el individuo mismo, que es el término de la serie.

(2) Estudiaremos más tarde la complicación que resulta del hecho de que para un hombre la línea ascendente sea infinitamente dicotoma.

aparición de la vida hasta el instante en que se le estudia.

Debo hacer aquí una observación sobre las significaciones variadas de la palabra «explicación». Una broma con la que se entretiene á los niños les pone en guardia contra las diversas acepciones de la interrogación «¿por qué?» «¿Por qué los molineros tienen sombreros blancos?», se les pregunta; y cuando han propuesto la explicación teórica: «porque salen del molino en donde la harina flota en el aire», ó la explicación química y actual: «porque tiene harina en el sombrero», se les da una explicación finalista: «para cubrirse la cabeza», que les sorprende tanto más cuanto que en ella se desprecia la idea de color, sobre la cual parecía concentrarse más particularmente la pregunta. Esta explicación de fin se la encuentra á cada paso en los libros de Historia natural, y sobre todo en las obras de Bernardino de Saint-Pierre; pero no es en general establecida sino cuando se trata de seres vivos. El Ródano en Lyon cambia de color en el momento de sus crecidas, según que la crecida provenga del Ain que amarillea, del Arve que verdea, ó del Ródano suizo que azulea.

«¿Por qué el Ródano está hoy amarillo?» «Porque el Ain ha crecido (explicación de origen ó histórica), porque contiene en suspensión barro de ocre» (explicación actual ó química). No veo aquí la posibilidad de una explicación de fin que no sea traída por los cabellos. Lo que hay,

por el contrario, de notable en los seres vivos, es que para un observador suficientemente prevenido, cada particularidad de su estructura, es ordinariamente susceptible de una interpretación de fin, lo que se expresa en general diciendo que estos seres están *adaptados á su medio*. El gran interés del sistema transformista, y sobre todo del lenguaje darwiniano, es precisamente que permite en todos los casos sustituir á la interpretación de fin una narración histórica que le es equivalente. Esta narración histórica es la única posible en el caso de estigmas hereditarios, de los que no es fácil descubrir la utilidad para los que los tienen.

No tengo que demostrar aquí la superioridad de la explicación histórica, ó mejor dicho, de la narración histórica — porque nuestras explicaciones no son nunca más que narraciones — sobre la explicación de fin, que es siempre estéril; pero no olvidemos que la narración histórica, en el sentido estricto de la palabra, es siempre imposible por falta de documentos; veremos cómo el lenguaje darwiniano nos permite sustituir á esta narración imposible, otra narración que saca de una prehistoria desconocida una filosofía conocida y cierta; pero habrá también que desconfiar de este lenguaje que, si de él se abusa, puede llegar á ser tan esterilizante como el lenguaje finalista.

Queda la tercera narración, actual, química ó fisiológica; esta narración puede ser completa si

nuestros medios de investigación son suficientes, porque todo lo que ocurre á cada instante en un ser vivo, depende únicamente de la estructura del ser en aquel momento y del estado, también en el mismo instante, del medio que le rodea. Una descripción perfecta de un individuo y de su medio, deberá, pues, satisfacer por completo, desde cierto punto de vista, al que haya preguntado por qué tal individuo obra de tal manera en tal momento; pero si la curiosidad del interrogador no se satisface, y si pregunta después por qué el ser observado tiene precisamente en aquel momento aquella estructura particular, habrá que contestarle por el método histórico y contarle la génesis del mecanismo, sea haciendo simplemente su estudio embriológico, si el interrogador quiere contentarse en tomarle como punto de partida, sea refiriéndole todas las influencias de los antepasados, si el interrogador al que se habla de la estructura precisa del huevo, pregunta por qué tiene éste tal estructura. La narración fisiológica es completa por sí misma; la narración histórica le añade solamente con qué tranquilizar á aquellos que á cada instante se admiran de que las cosas sean como son—y éste es, sin embargo, el término del conocimiento humano del mundo,—y que se satisfacen más con una serie cronológica de estos hechos que con uno de ellos considerado aisladamente.

Estas dos narraciones, fisiológica é histórica,

son enteramente distintas una de otra, y habría que desconfiar de una dialéctica en la cual se las mezclara sin precaución, porque nos conduciría á creencias místicas muy difundidas. Cuando digo que un ser vivo obra en cierto momento de cierta manera en circunstancias dadas, á causa de todos los acontecimientos que han constituido la historia de sus antepasados y la suya propia hasta el momento considerado, enuncio una proposición que puede ser sostenida sin riesgo. No sucedería lo mismo si especificase cuál es este ser vivo, si le distingo por su nombre personal de todos los demás seres vivos, porque este nombre personal encierra una designación completa de lo que constituye su mecanismo. *Cierta persona* obra de tal manera en tal circunstancia porque es *cierta persona*, y está, por consiguiente, dotada de tal estructura precisa; si, pues, yo digo que esta *cierta persona* obedece al obrar de tal manera á influencias originarias (lo que es igualmente exacto en cuanto á todos los actos de su vida), doy margen á la interpretación mística que querría que los acontecimientos pasados desde hace siglos interviniesen hoy *en el funcionamiento perfectamente determinado de un mecanismo actual*.

Se podrá encontrar pueril que insista tanto en este punto; la forma del lenguaje corriente y el misticismo general, hacen necesaria esta insistencia. ¿Quién de nosotros, asistiendo á una representación de *Los Espectros*, de Ibsen, no ha

sentido pasar por el aire de la sala un soplo de terror cuando el arte del dramaturgo hace adivinar el genio maléfico del padre vicioso cerniéndose invisible sobre el destino del hijo? Sobre todo, cuando se trata de particularidades mentales cuyo *substratum* físico no nos es inmediatamente conocido, es cuando las influencias de los antepasados nos parecen aterradoras y sobrenaturales. Entiéndase que cuando hablamos de las influencias de los antepasados nos referimos á la narración histórica de las cosas, y que esto no quebranta en nada la noción del determinismo actual: «Cada cosa ocurre á cada instante, en cada individuo, por razones que están en él y alrededor de él.»

* * *

En las líneas precedentes hemos hablado como de un fenómeno continuo de la génesis histórica de un ser actual; es, en efecto, un fenómeno que no se interrumpe, y podemos afirmar que *la vida* de los animales ó vegetales que conocemos *no es nunca un fenómeno que comienza, sino un fenómeno que continúa*. Pero, sobre el trayecto continuo que constituye una línea originaria se manifiestan de distancia en distancia accidentes que tienen una duración más ó menos larga y que llamamos *individuos*; nosotros mismos somos individuos, y nuestro lenguaje, que asegura las relaciones de hombre á hombre, es esencial-

mente individualista; de suerte que, como los individuos nacen y mueren, es decir, comienzan y acaban, referimos forzosamente la historia de una especie como una serie de accidentes *separados*, entre los cuales existe un vínculo que nos parece misterioso y que llamamos herencia; pero en realidad este misterioso vínculo no existe solamente de individuo á individuo; se puede decir que constituye la esencia misma de los fenómenos vitales, y que se manifiesta tan bien en todas las particularidades de la vida individual como en la reproducción de los individuos.

Referir la historia de una especie como la de una serie discontinua de individuos distintos, es como si se contase el curso de un río descomponiéndole en una serie de remolinos separados, de los cuales cada uno fuera susceptible de una descripción propia... Aun esta comparación resulta extremadamente grosera, porque los remolinos no están unidos unos á otros por una relación que recuerde, ni aun de lejos, la herencia que une á los individuos; el agua que sale de un remolino, puede entrar en la constitución de otro diferente sin que la forma (1) del nuevo remolino se parezca á la del primero, cuya agua ha

(1) No sucede lo mismo con el color, porque éste es debido á propiedades químicas que se transmiten de remolino en remolino; pero la morfología de uno de éstos no es influenciada en modo alguno por la química de su agua, lo cual constituye una nueva diferencia con los individuos.

recibido. Nada hay en la forma de un remolino que pueda ser atribuido á una *influencia originaria*.

Otra cosa: el agua que sale de un remolino, sale como entró, sin haber adquirido en él el menor carácter nuevo; por el contrario, y permítaseme la frase, la *línea* que sale de un individuo no es indiferente á lo que ha pasado en él, y puede haber adquirido en este individuo propiedades que no tenía al entrar en él; el individuo no es un accidente insignificante en el curso de una línea; puede haber agregado á las propiedades de la línea otras propiedades adquiridas por él; puede haber, en otros términos, modificación en el individuo de la herencia que ha recibido de sus ascendientes. Esta segunda particularidad no podía, evidentemente, hallarse en los remolinos, porque, para que pueda haber modificación de herencia, lo primero que hace falta es que haya herencia; precisamente por esto (dado que la herencia es característica de la vida, que no puede definirse sino por ella), es imposible establecer una buena comparación entre la continuidad de los fenómenos vitales y la de un fenómeno en que nada existe que recuerde la herencia. La comparación sería menos imperfecta si se tratase de una ondulación que se transmite *semejante á sí misma* en un medio homogéneo, y que, al atravesar un medio especial, adquiere un carácter nuevo (la polarización, por ejemplo), que conservan después sus descendientes en un medio homogéneo.

Dejemos estas comparaciones, que flaquean más ó menos, y retengamos simplemente que la línea que sale de un individuo es idéntica á aquella en la cual éste ha sido formado, salvo las modificaciones adquiridas, los caracteres adquiridos durante su paso á través de este individuo. En esto está, en esta *ley aproximada* de la transmisión de la herencia, toda la biología. En la herencia actual de un ser, se encuentran los *aportes* de todos sus ascendientes; esto es lo que vamos á estudiar en este libro, bajo el título de LAS INFLUENCIAS DE LOS ANTEPASADOS. Será preciso para esto, que comencemos por establecer esta *ley aproximada* que resume toda la biología: hay herencia, y sin embargo, son posibles las variaciones; éste será, pues, el objeto del primer libro de esta obra.

*
* *

La línea de un hombre ó de un animal superior, no es sencilla. Un hombre proviene de dos padres, los cuales, cada uno por su cuenta, tenían igualmente otros dos padres, y así sucesivamente. Nuestra línea ascendente es infinitamente dicotoma. Calculando cuatro generaciones por siglo, esto representa para cada uno de nosotros en ocho siglos, muchos centenares de millones de antepasados directos, cuyo estudio, lo mismo que el de las generaciones intermedias, sería indispensable para establecer todas las influencias

originarias posibles. ¿Y qué son ocho siglos, en comparación con el tiempo que ha transcurrido desde la aparición de la vida en la superficie de la Tierra? Remontándose mucho, se puede decir, casi sin exageración, que para conocer las influencias originarias susceptibles de manifestarse en un ser actual, sería preciso haber pasado revista á todos los seres que han vivido.

Á este problema insoluble, sustituiremos otro, merced á un hecho fácil de demostrar. El fenómeno sexual de la fusión de dos líneas, está aún en nuestra época envuelto en tinieblas. Al menos, es hoy punto que parece indiscutible el de que las propiedades *comunes* á las dos líneas se transmiten sin modificación á la línea resultante de la fusión de ambas. Estas propiedades comunes son las específicas, y hasta las de raza en las uniones de raza pura: si, pues, nosotros nos ocupamos únicamente del origen de las especies ó de las razas, sin llegar á los caracteres individuales, no tendremos para qué preocuparnos de las mezclas de líneas que se verifiquen en cada generación. Podremos estudiar las influencias originarias que se manifiestan en una especie actual, razonando como si en la descendencia de esta especie no se hubieran producido mezclas sexuales, y razonando como respectó de las líneas de multiplicación agama.

Aun limitándonos á esta parte del programa, podremos obtener resultados muy interesantes, como, por ejemplo, en el estudio de las partes del

espíritu humano, que son comunes á todos los hombres.

Después nos propondremos investigar cuál es el resultado de la mezcla sexual, cuando se trate de propiedades que no sean comunes á las dos líneas: en esto veremos la más grande variabilidad. La línea nueva podrá poseer determinada propiedad de una de las precedentes, otra propiedad de la otra, y aun otra propiedad nueva que haya surgido en la propia mezcla. La variabilidad será tal, que tendremos que hablar de los *AZARES* de la *anfimixia*, ó sea dos fecundaciones sucesivas entre dos líneas dadas que producen resultados enteramente diferentes y veremos claramente nuestra incapacidad para prever el producto de la unión de dos generaciones.

Por el contrario, habrá lugar á mostrarnos satisfechos de los resultados de la primera parte de nuestro estudio, aquella en la cual hayamos dejado á un lado las consideraciones sexuales; será en particular muy instructivo separar en la especie humana los caracteres que proceden de las condiciones de la vida individual, de aquellos que derivan su origen de las necesidades de una vida social prolongada durante millares de siglos.

*
* *

Es lícito preguntarse si no hay cierta indiscreción, tal vez peligrosa, en la investigación del origen histórico de los diversos elementos que

componen hoy la conciencia humana. El solo hecho de haber pensado que nuestro sentimiento de justicia, del bien y del mal, ha nacido de ciertas circunstancias prolongadas durante mucho tiempo, pero más ó menos modificadas actualmente, nos lleva á dudar del valor de nuestro criterio íntimo, que quizá no está ya en armonía con el estado actual de nuestra sociedad. Preciso es, además, que así sea, cuando tanta gente de nuestra época vacila, en ciertas circunstancias, entre su deber social y las órdenes imperiosas de una conciencia moral, que no es, en el sentido etimológico de la palabra, sino una *superstición*.

Superstición é influencia de los antepasados son sinónimos; pero hay supersticiones nacidas de un estado de cosas que dura todavía, y que, por consecuencia, están aún en buen uso; y hay otras que provienen de circunstancias desaparecidas para siempre, y que pueden ser, en las condiciones actuales, una seria impedimenta para sus propietarios. Algunas de las particularidades de nuestra conciencia moral, tal vez aun aquellas que en más estima tenemos y de que estamos más orgullosos, están, sin duda, tan fuera de actualidad, como el instinto extraño de los perros, que giran varias veces sobre sí mismos antes de acostarse sobre un pavimento ó una alfombra, porque sus antepasados de las praderas ejecutaban este movimiento de rotación para hacerse un nido entre las altas hierbas.

¿Pero no será una inferioridad para un hom-

bre no creer en el valor absoluto de los más poderosos móviles que le determinan á obrar? ¿Encontrará en consideraciones de pura relatividad el entusiasmo de que estaban animados los que creían poseer un dios interior? El hombre prudente ¿no será forzosamente arrollado por los fanáticos? Para ser verdaderamente prudente, le sería preciso saber imitar algunas veces el *tenacem propositi* del buen Horacio, conservando el poder de resistir á las órdenes de su conciencia cuando las juzgara peligrosas para sí mismo ó para sus semejantes.

¿Es esto humano?

Es muy probable que los filósofos, por lo mismo que tienen espíritu científico y no creen poseer la verdad absoluta, no sean jamás hombres de acción. Mientras no hayan encontrado una nueva fórmula capaz de reemplazar, en el estado actual de las cosas, las antiguas que se han convertido en dañosas, algunos se preguntan si es bueno que la duda penetre en las multitudes que obran. «No hay en el mundo, ha dicho Renan, una razón bastante fuerte para impedir á un hombre de ciencia publicar lo que cree que es la verdad.» «No todas las verdades es bueno que se digan», afirman, por el contrario, los partidarios de la tradición y del *statu quo*. Que opiniones tan contrarias puedan ser sostenidas con toda sinceridad por hombres de buena fe, me parece que prueba que no se está de acuerdo sobre lo que representa la palabra «verdad». Es, en efec-

to, muy difícil entenderse acerca de una definición cualquiera cuando se conserva en un campo la creencia en *entidades absolutas*, las cuales, para los campeones del campo adverso, son únicamente la consecuencia de acontecimientos históricos.

LAS INFLUENCIAS DE LOS ANTEPASADOS

LIBRO PRIMERO

LINEA Y VARIACIÓN

§ 1.— Plan del primer libro.

Antes de comenzar la narración histórica de la aparición de los diversos caracteres que se observan en las especies actuales, conviene investigar si no existe fórmula general que pueda aplicarse á todos los seres vivos presentes ó pasados, y que dominen, por consiguiente, la historia evolutiva de todas las especies. Si, en efecto, existe tal fórmula—y el hecho mismo de atribuir á seres tan diferentes la denominación común de *seres vivos* basta hacerlo prever,—ella nos permitirá tal vez establecer, al menos en sus grandes líneas, ciertas partes de la historia de los seres acerca de los cuales no tenemos ningún documento histórico ó paleontológico. Podremos hacer, como decía anteriormente, la filosofía de una historia que no conocemos.